

CRISIS CORONADA POR UN VIRUS

Mannel Riesco Larraín

MANUEL RIESCO LARRAÍN

Ingeniero y economista, consultor de la Organización de Naciones Unidas, profesor y director de universidades chilenas, fundador y vicepresidente del Centro de Estudios Nacionales de Desarrollo Alternativo, Cenda, de Santiago. Autor de numerosos libros, ensayos y artículos, ha tenido una activa participación en la política chilena como líder estudiantil durante el gobierno de Salvador Allende, dirigente del Partido Comunista durante la dictadura y como candidato a diputado y senador. Durante los dos mandatos de la presidenta Michelle Bachelet participó en comisiones asesoras presidenciales de educación (2006), litio (2014) y en el Consejo Asesor Presidencial contra los Conflictos de Interés, el Tráfico de Influencias y la Corrupción (2015), y tuvo destacada participación en las comisiones de reforma de pensiones (2006 y 2014).

CRISIS CORONADA POR UN VIRUS

Sin precedentes. Es la expresión más usada para describir la catástrofe que atraviesa la humanidad (Authers, 2020a). Peste, paralización económica, tensión política nacional e internacional, juntas, en una escala y vertiginosidad sin precedentes. Para completar el número bíblico de amenazas se puede mencionar el deterioro de la situación ambiental que en algunas regiones de Chile ha significado una sequía sin precedentes. El propósito del presente texto es ayudar a buscar una guía de acción para enfrentar unidos estos males. Apelando, bueno, a los precedentes.

INTRODUCCIÓN

Religiones y futurologías gustan explicar el devenir de los comportamientos humanos como consecuencia de la acción de entidades supuestamente ajenas y superiores, dioses o tecnologías. Lo sucedido por estos días con una de ellas, las tecnologías, debería hacerlos dudar de si acaso no estarán viendo las cosas con los pies hacia arriba.

Súbitamente, el confinamiento general forzado por la peste ha develado que muchas actividades humanas importantes, nada menos que la toma de decisiones colectivas, la enseñanza o la compra al detalle, entre otras, pueden realizarse sin necesidad de concurrencia física. Quizás con ventajas, más allá de la evidente y nada despreciable economía de desplazamientos, estas pueden justificar que se establezcan como prácticas normales aún después de la emergencia sanitaria que las precipitó.

Pues bien, la tecnología que ha hecho posible este cambio existía desde hace décadas, pero la transformación tecnológica solo ocurrió cuando todos nos vimos forzados a utilizarla. La tecnología misma, a su vez, ha mejorado más en días que en décadas. Ello sugiere que el devenir social no es causado por el devenir tecnológico, sino al revés.

Por este motivo, para intentar comprender y orientarse en lo que está sucediendo a nivel global, parece conveniente recordar el carácter de la época en que vivimos y cuáles son las tensiones históricas principales del momento por el que atravesamos.

El gran historiador Eric Hobsbawm nos recordó que el mejor hilo conductor para apreciar lo que está sucediendo es observar cómo evoluciona históricamente la manera en que los seres humanos vivimos y trabajamos. Lo dijo durante su visita a Chile en 1998, invitado por Cenda y la Universidad de Chile, entre otras instituciones,

en una memorable polémica durante su exposición ante los historiadores, en el aula magna de la ex Universidad Técnica del Estado, hoy Universidad de Santiago de Chile.

Recordó Hobsbawm que el devenir histórico se correlaciona con muchas cosas, como la historia del jazz, por ejemplo, como afirmó con mucho conocimiento de causa. Con la tecnología también, podríamos acotar. Sin embargo, agregó el historiador, parece mucho más razonable buscar el hilo conductor de la historia en la manera en que viven y trabajan miles de millones de seres humanos. Ese fue el gran descubrimiento de esta ciencia en el siglo XIX, concluyó (Hobsbawm, 2005).

Lo que la humanidad viene cursando desde hace tres siglos y que por estas décadas está alcanzado su clímax de manera multitudinaria y vertiginosa es el cambio social más importante de su historia: el paso de la forma de vida y trabajo campesinos tradicionales, que predominó desde siempre, a su forma moderna.

Esta última nació y está radicada principalmente en grandes urbes. Tanto así, que hasta ahora y en aras de la brevedad, podíamos denominar el carácter de la época como la urbanización a escala planetaria (Hobsbawm, 2005).

Quizás esta identificación puede cambiar ahora o ser precisada en alguna medida. En el mundo postpandemia, y precisamente en virtud del salto tecnológico precipitado por la cuarentena global, es muy probable que la vida y el trabajo se descentralicen en un nivel cualitativamente distinto. De este modo, acceder a la forma de trabajo moderno quizás no exigirá, como hasta ahora, vivir tan concentrados en grandes urbes. Ello venía sucediendo de algún modo en las últimas décadas, pero ahora se ha dado un salto cualitativo que puede resultar perdurable.

Sea como fuere, el proceso de urbanización no se ha detenido. Recién en el curso de la pasada década, los habitantes de las ciudades sobrepasaron a nivel global el número de quienes todavía viven y trabajan en el campo, a la antigua. Pero estos últimos están migrando de su vieja forma de vida y trabajo a velocidad máxima en las regiones más pobladas del planeta.

Cuando llega su momento, la urbanización lo transforma todo en las sociedades donde acontece. Desde la ley de población al régimen social y económico, pasando por el nacimiento de la institucionalidad política moderna.

Desde el punto de vista de la economía, parece haber suficiente evidencia para afirmar que la competencia económica entre las potencias emergentes y las establecidas determina el mayor fenómeno de la economía capitalista desarrollada, su ciclo secular (Brenner, 1999). Este determina, a su vez, el denominado “súper ciclo” de las economías emergentes, pero de manera sorprendente y contradictoria, como se verá.

A nivel internacional, el curso de la urbanización determina también el equilibrio geopolítico, la emergencia de nuevas potencias y el eclipse de las hasta entonces

dominantes. Dicho desplazamiento abarca todos los planos, económico, cultural, político y militar. Sin embargo, la resistencia de las últimas y su demencial intento de mantener su hegemonía por la fuerza despierta los peores demonios que han assolado la transición a la modernidad: el fascismo y la guerra (Riesco, 2007). Es lo que está sucediendo ahora (Wolf, 2020).

Hobsbawm tiene razón, el carácter de la época resulta determinante para comprender los principales fenómenos que condicionan la vida de la humanidad en cada momento. La pandemia del Coronavirus la alcanza en un momento en que todos los fenómenos señalados se encuentran atravesando un momento de rapidez y tensión cuyas dimensiones no tienen precedente. A ello se suma el hecho, asimismo sin precedente, de que los efectos de la acción humana están alterando severamente los equilibrios ecológicos planetarios.

El Coronavirus lo está precipitando todo, globalmente. ¿Reaccionará la humanidad a tiempo? Hasta ahora no lo está haciendo y debemos tomar conciencia de ello (Wolf, 2020).

Eric Hobsbawm vivió, sufrió y combatió desde muy joven las catástrofes que un momento similar acarreó a las regiones del mundo que se urbanizaron primero y que, como resultado, hasta hoy han hegemonizado el planeta en todos los planos. Su conclusión y el mensaje final que nos legó durante su visita, sin embargo, fue de optimismo, precisamente porque Europa prevaleció la “era de los extremos” del siglo XX.

En nuestro país, el Coronavirus ha desatado la crisis económica que se venía incubando a paso lento desde 2010, en la nueva década perdida de los países emergentes. Sus perspectivas no son nada buenas.

Pero también se ha precipitado la crisis política que se venía gestando por años y estalló el 18-O. Ello hizo evidente que había llegado el momento de acabar con los abusos y corregir las distorsiones que se arrastran desde el 11 de septiembre de 1973.

Ahora, enfrentar la pandemia y la crisis económica, desatadas, ha puesto a la orden del día la necesidad de generar una autoridad política legítima. El desastre sanitario a que ha conducido el gobierno de Sebastián Piñera lo demuestra. Construir una nueva autoridad política con legitimidad no puede esperar dos años más.

¿Reaccionará a tiempo el sistema político democrático para abrir paso a una salida sin ruptura? Hasta ahora, no lo ha logrado. El acotado cauce abierto por el plebiscito para una nueva Constitución es un paso promisorio, pero insuficiente.

La experiencia europea de sobrevivencia a los extremos del siglo XX daba esperanzas a Eric Hobsbawm de que la humanidad superará los que se le vienen encima en el siglo XXI. Del mismo modo, la experiencia política del último siglo en Chile da fundadas esperanzas en que nuestro tambaleante sistema político democrático superará con éxito los desafíos de hoy. Hay que empeñarse en ello.

EL CURSO DE LA URBANIZACIÓN

El subcontinente indio nos ha develado por estos días la imagen más poderosa de la masividad de la urbanización global en curso: millones de indios forzados a regresar a sus aldeas al decretarse cuarentena en las grandes ciudades (Kazmin, 2020). Todos ellos habían emigrado allí recientemente y de seguro van a retomar sus trabajos urbanos apenas pase la emergencia.

Solo en China se están urbanizando en las dos primeras décadas de este siglo unos 250 millones de personas, número que equivale a la población conjunta de todas las grandes ciudades surgidas en los últimos tres siglos (Johnson, 2013).

En el siglo XXI se urbanizará finalmente África. Esta transformación epocal tendrá lugar en el continente donde nacieron los seres humanos hace algunos cientos de miles de años y desde donde migraron nuestros antepasados hace unas dos mil generaciones (Wells, 2002). La urbanización de África casi cuadruplicará sus actuales mil millones de habitantes, lo que generará casi todo el crecimiento de la población mundial y buena parte del crecimiento económico durante este siglo (Riesco, 2014).

La urbanización de las regiones más pobladas del planeta transformará el mundo por completo. Recién al cabo de tres siglos conoceremos el verdadero rostro de la modernidad. Aquella que está naciendo en ciudades de más de veinte millones de habitantes, en países y regiones de más de mil millones de ciudadanas y ciudadanos.

La modernidad que surge desde hace tres siglos en ciudades de un millón de habitantes, en países y regiones pioneras que en conjunto albergan a menos del 10 por ciento de la humanidad, fue el prólogo. La que nació durante el siglo pasado en ciudades de cinco a diez millones de habitantes y que abarcó la mitad de la humanidad fue el primer acto.

Chile fue parte de ese primer acto. Conocimos sus efectos en los tres cuartos de siglo que transcurrieron desde 1930, cuando la población urbana del país igualó por primera vez a la rural, hasta mediados de la primera década del siglo XXI, cuando esta se había reducido a cerca del 10 por ciento.

La población del país se multiplicó por cuatro. A partir de las reformas de los años 1920 y sucesivas se conformó el Estado moderno. Vivimos nuestra Revolución con mayúscula, que acabó con el latifundio e inquilinaje.

Una población trabajadora en que predominaba el campesinado analfabeto y aislado, con una esperanza de vida de menos de cuarenta años, se convirtió en una masa poderosa de once millones de trabajadoras y trabajadores activos, cuyo número crece un cuarto de millón por año. La mitad son mujeres. Es una masa trabajadora muy joven, dos tercios no han cumplido 46 años y casi la mitad no ha cumplido 36. Tiene educación media completa y buena parte la ha complementado

con algún tipo de educación terciaria. Todos se comunican con teléfono celular y acceden con soltura a la vasta información disponible en Internet.

Son contratados y despedidos constantemente de seis millones de empleos asalariados precarios, casi todos urbanos, y trabajan por su cuenta en el intertanto, lo que incluye periodos de cesantía. Su número se incrementa más rápido aún que la masa de trabajadores y ya cubre el 42 por ciento de la población mayor de 16 años, la mitad de la misma en el caso de los ocupados por hombres y un tercio en el caso de los ocupados por mujeres, las que aumentan su participación más rápido y han duplicado su aporte en las últimas dos décadas.

En dichos empleos precarios, estos trabajadores son súper explotados. Sus jornadas son agotadoras. El salario promedio es superior a los 800 mil pesos mensuales, pero la mitad gana menos de 600 mil y un cuarto de millón menos del mínimo, aunque en el otro extremo más de 400 mil ganan por encima de dos millones. Sin embargo, más de un tercio de dichos salarios brutos es apropiado de inmediato por los empresarios en forma de descuentos previsionales que se desvían a perpetuidad al sistema de AFP, pagos educacionales y usura de créditos de consumo popular. Buena parte de los descuentos de salud de los de mayores ingresos termina asimismo en ganancias de las Isapres.

A los once millones de activos se suman tres millones de trabajadores jubilados (casi dos tercios corresponden a mujeres) que sobreviven con pensiones de hambre porque las cotizaciones previsionales de sus hijas e hijos se desvían a financiar empresarios. Se completa así una masa trabajadora de catorce millones de personas, casi toda la población mayor de 16 años y la totalidad de la misma en edad activa (Cenda, 2020b).

Ese es el verdadero rostro moderno del pueblo trabajador de Chile. Ese es el pueblo que el 18-O nuevamente irrumpió en masa en el centro de la actividad política como antes lo hicieran con dignidad, prudencia, firmeza y heroísmo sus padres y abuelos a lo largo de un siglo. Ese es el carácter moderno del pueblo que los medios y panegiristas del actual estado de cosas pretenden caricaturizar despectivamente como una masiva “clase media” individualista, anodina y ansiosa de consumo.

Parafraseando a Adam Smith, fundador de la teoría económica moderna, ellas y ellos producen y son la verdadera naturaleza y causa de la riqueza de Chile, como ocurre en todas las naciones modernas. Al migrar los campesinos a las ciudades y salir sus mujeres del trabajo doméstico, todos siguen trabajando tanto o más que antes en el campo, pero ahora los bienes y servicios que producen no se autoconsumen en la familia, sino se venden en el mercado, lo que agrega valor al producto interno bruto (PIB).

Por este motivo, la economía chilena medida por el PIB se multiplicó catorce veces desde 1930 a 2006 (Riesco (ed), 2007).

Debido al mismo cambio epocal, la segunda mitad del siglo XX fue testigo del milagro de Japón y los denominados *tigres asiáticos*, y las décadas recientes lo han sido del milagro de China y el resto de los denominados Bric, sigla que inicialmente aludía a Brasil, Rusia, India y China, pero que se ha ido ampliando sucesivamente con otras potencias emergentes como Sudáfrica, Turquía, Irán, Pakistán, Indonesia, Bangladesh y suma y sigue.

Pero, sin duda, durante la segunda mitad del siglo y quizás antes, la historia será testigo del último acto de esta gran transformación epocal: finalmente, presenciara el milagro moderno de África.

EL CICLO SECULAR DE LAS ECONOMÍAS DESARROLLADAS

El siglo XIX evidenció que la economía capitalista es esencialmente contradictoria y crece a través de ciclos de crisis, depresión, crecimiento lento, crecimiento a todo vapor y nueva crisis. Estos se vienen sucediendo desde 1825 en periodos de, en promedio, siete años.

A inicios de la década de 1870, la que por entonces se llamó la Gran Crisis evidenció que la sucesión de ciclos normales se inscribe a su vez en una trayectoria secular que es asimismo cíclica. Las hoy llamadas crisis seculares son largos periodos en los cuales varios ciclos capitalistas normales se suceden hacia abajo en lugar de hacia arriba, como sucede en las fases ascendentes. Es decir, antes que un ciclo recupere el nivel de actividad máxima del precedente, sobreviene una nueva crisis.

El primero en constatarlo fue el economista soviético Nikolai Kondratiev, quien en 1924 hizo la predicción más espectacular que registra la ciencia económica. Calculando el periodo del ciclo largo, predijo la crisis de 1929 (Kondratiev, 1924). Ello no evitó que fuera fusilado por Stalin en 1936 junto al gran economista y político soviético Nikolai Bujarin. Hasta ahora se han registrado cinco ciclos seculares, iniciados en las crisis de 1871, 1901, 1929, 1966 y 1999 (Shiller, 2000; Cenda, 2020a).

La explicación más plausible acerca de las causas de las crisis seculares de las economías desarrolladas parece ser que las mismas se originan en una baja de la tasa de ganancia, al igual que las crisis “normales” que se suceden cada siete años en promedio. Pero en el caso de las crisis seculares, se trata de una baja en la tasa de ganancia, bueno, secular.

De este modo, el efecto de la baja cíclica normal que precipita las crisis recurrentes cada siete años se potencia por el hecho de que la tasa ya viene deprimida por la referida baja secular. De este modo, durante las crisis seculares, las crisis normales resultan mucho más profundas y varias se suceden antes de recuperar los niveles de actividad previos.

El economista estadounidense Robert Brenner demostró que la crisis secular que afectó la economía estadounidense a partir de 1966 estuvo precedida de una baja secular de la tasa de ganancia en las décadas anteriores (Brenner, 1999). La genialidad de Brenner es haber demostrado que dicho descenso secular de la tasa de ganancia —el que no se ha verificado hasta ahora en el promedio general de la misma— afectó a las industrias transables, es decir, las de bienes que se exportan e importan.

De este modo, la crisis secular iniciada en 1870 habría sido provocada principalmente por la emergencia de Alemania, la de 1929 por la emergencia de los EE.UU., la de 1966 por la de Japón, los *tigres asiáticos*, y nuevamente la alemana y la actual por la emergencia de China.

Es decir, el curso de la urbanización global estaría determinando también el mayor fenómeno del capitalismo desarrollado, sus ciclos seculares.

Dichos ciclos seculares determinan el conjunto del comportamiento de las economías desarrolladas. El ciclo actual se inició junto con el siglo, en la crisis así llamada “punto.com”, desatada en enero del año 2000, que en pocos meses había derrumbado las principales bolsas desarrolladas a la mitad de su valor.

A través de dos ciclos sucesivos, la crisis bajó a su sima en marzo del 2009, en un nivel dos tercios por debajo del alcanzado el último día del siglo XX. Se ha venido recuperando desde entonces, pero sus oscilaciones sucesivas aún no logran superar consistentemente su nivel de inicios del siglo (Cenda, 2020a).

Tampoco ha logrado corregir una serie de “excesos” que se han acumulado en el curso de la crisis secular.

La principal distorsión es una enorme “inflación de activos financieros”, es decir, bolsas, monedas y deudas, principalmente (Cenda, 2020a), generada por una exagerada compra de este tipo de activos por parte de los mayores bancos centrales, pagada con emisión monetaria. La cartera de activos financieros comprada por los mayores bancos centrales se ha elevado de 8 por ciento del PIB en el año 2000 a 36 por ciento del mismo en la actualidad.

Sin embargo, el precio del oro ha subido exactamente lo mismo en el periodo, lo que sugiere una desvalorización de la moneda destinada a este objeto. Sin embargo, la misma no se refleja en los índices de precios al consumidor (IPC), puesto que la emisión monetaria referida se ha concentrado casi exclusivamente en la compra de activos financieros, cuyos precios no se registran en el IPC (Mackenzie, 2020).

El momento del actual ciclo secular de las economías desarrolladas, así como los excesos referidos y las distorsiones resultantes, es crucial para proyectar los efectos del Coronavirus sobre aquellas.

Precisamente porque desde 2010 el ciclo secular de las economías desarrolladas viene en alza y no a la baja como en los años 2000, hay cierta tranquilidad entre

connotados economistas, como el premio Nobel Paul Krugman, que estiman que la brutal caída económica provocada por la cuarentena, sin precedentes desde la Gran Depresión de los años 1930, tendrá allí una recuperación relativamente rápida (Smith, 2020). Es lo que denominan recuperación en “V”.

Por otra parte, sin embargo, el virus ha golpeado cuando las economías desarrolladas han acumulado grandes “excesos”, expresión utilizada por el ex presidente del Banco Mundial Robert Zoellick (FT, 2020). Estos, de una u otra manera, igualmente requerían corrección, lo que hace suponer que todavía pueden experimentarse fuertes caídas en los mercados financieros, especialmente en Wall Street, que aparece disparada un 40 por ciento por encima del conjunto de las bolsas desarrolladas (Cenda, 2020a), antes de que estos continúen su recuperación secular.

EL “SÚPER CICLO” DE LAS ECONOMÍAS EMERGENTES

El ciclo secular puede ser un fenómeno causado por la emergencia de nuevas potencias económicas que compiten con las establecidas (Brenner 1999), pero se genera y es la forma de movimiento de estas últimas, es decir, de las economías desarrolladas.

Sin embargo, estas, a su vez, determinan el denominado “súper ciclo” de lo que hoy se ha bautizado como el “complejo emergente” (Authers, 2020b), es decir, las cotizaciones de materias primas, monedas, bolsas de valores y endeudamiento de las economías emergentes. No obstante, esto ha ocurrido de manera sorprendentemente contradictoria.

El “complejo emergente” oscila a cada instante, en sincronía perfecta y en fase, es decir, sube y baja al mismo tiempo que los mercados financieros desarrollados. Su movimiento es un reflejo amplificado de estos últimos (Authers, 2009; Cenda, 2020a). En el largo plazo, el “súper ciclo” de las economías emergentes oscila asimismo en sincronía perfecta con el ciclo secular de las economías desarrolladas.

Sin embargo, la referida amplificación de sus oscilaciones cotidianas resulta en que la trayectoria del “súper ciclo” emergente y el ciclo secular de las economías desarrolladas se mueven ¡al revés! Cuando las economías desarrolladas atraviesan crisis seculares, el “súper ciclo” emergente roza las nubes y cuando aquellas se recuperan, este se derrumba (Riesco, 2020; Cenda, 2020a).

Los dos últimos periodos de crisis secular de las economías desarrolladas, iniciados respectivamente en las crisis de 1966 y 1999, resultaron en enormes alzas del “complejo emergente”. Mientras las bolsas de los países desarrollados caían a la mitad, las cotizaciones de materias primas, monedas, bolsas de valores y endeudamiento emergentes se elevaron al doble de sus promedios de largo plazo.

Al revés, las largas recuperaciones seculares de las economías desarrolladas, como la que se extendió a lo largo de las décadas de 1980 y 1990, resultaron en brutales caídas de las mismas cotizaciones a la mitad de su promedio de largo plazo. Ello provoca “décadas perdidas” en las economías emergentes cuando se recuperan las desarrolladas. Es precisamente lo que viene sucediendo desde 2010 (Riesco, 2020; Cenda, 2020a).

El medio que conecta ambos ciclos es el capital especulativo. Este abunda en las economías desarrolladas en crisis secular porque no encuentra allí oportunidades de inversión productiva. Baja entonces a especular en el “complejo emergente”. Lo opuesto sucede cuando las economías desarrolladas se recuperan.

El Coronavirus solo ha precipitado la caída del “súper ciclo” que ya venía en curso en las economías emergentes durante la década pasada. Por este motivo, la recuperación de la brutal contracción originada por la pandemia puede resultar más o menos rápida en las economías desarrolladas, pero probablemente será letal en las emergentes. Así lo considera el Banco Mundial, que pronostica que la región más afectada de todas será América Latina (Wolf, 2020b).

El efecto de todo lo anterior sobre la economía chilena ha sido, hasta el momento, brutal. La bolsa y el peso chilenos han sido los que más han caído desde que se inició la fase descendente del “súper ciclo” emergente en diciembre de 2010. Al momento de escribirse estas líneas, en junio de 2020, habían regresado exactamente a su nivel de inicios de siglo, lo que implica una pérdida de dos tercios de su valor máximo alcanzado en diciembre de 2010. El precio del cobre había caído exactamente a la mitad en el mismo periodo (Riesco, 2020; Cenda, 2020a).

Mal pronóstico.

LA TRAMPA DE TUCÍDIDES Y LOS PEORES DEMONIOS DE LA MODERNIDAD

La urbanización global que marca el carácter de la época determina también la modificación de los equilibrios geopolíticos globales. La emergencia de nuevas potencias y el insensato intento de las establecidas por impedirlo y mantener su hegemonía por la fuerza desata los peores demonios de la modernidad (Riesco, 2007).

En el siglo XX, estos aparecieron bajo la forma atroz del fascismo europeo y las dos guerras mundiales. La competencia entre la emergente Alemania y las establecidas Francia y Reino Unido provocó la “era de los extremos” que asoló Europa y al mundo en el curso del siglo (Hobsbawm, 2005).

Pero es una historia antigua. Como escribe el clásico griego Tucídides al relatar la guerra mundial de su época, “fue la emergencia de Atenas y el temor que ello instaló en Esparta lo que hizo la guerra inevitable”. Consciente del peligro que entraña lo que denomina “el desafío definitorio del siglo XXI”, la Universidad de Harvard ha creado un centro dedicado exclusivamente a alertar al mundo acerca de este peligro (Allison, 2017).

La crisis del Coronavirus ha agudizado al extremo la tensión que se venía gestando entre China y EE.UU., especialmente desde el ascenso al poder del demagogo extremista Donald Trump y su actual temor a perder las elecciones tras una desastrosa conducción sanitaria (Wolf, 2020a).

Eric Hobsbawm recordaba vívidamente la tarde cuando, de regreso del colegio con su hermana menor, en la liberal y cosmopolita Berlín a la que su familia se había trasladado desde Viena por el antisemitismo desatado en esta última, leyó en los quioscos que Hindenburg había nombrado canciller a Hitler. Siempre insistía en que de no haber sucedido aquello, de no haber alcanzado el poder en Alemania, el fascismo del siglo XX probablemente habría quedado relegado a un pie de página vergonzante de la historia, junto a pogromos medievales y otras acciones viles, cobardes y suicidas de la turba humana atemorizada que, en lugar de huir o enfrentar lo que la amenaza, se revuelve agresiva y criminal contra sí misma, buscando en su seno chivos expiatorios débiles a quienes achacar la causa de sus temores.

Hitler fue elevado al poder por los grandes consorcios capitalistas alemanes en la estela de la Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa y sus secuelas, incluida una revolución en Alemania en 1919 y la Gran Depresión agravada por las torpes políticas de gobiernos liberales dominados por el capital financiero. Ambos fenómenos fueron causados por las entonces muy recientes urbanización y transición a la modernidad europeas.

Los mismos fenómenos se presentan hoy, pero afectan y confrontan países y economías diez veces más grandes y armados con bombas atómicas, con un demagogo irresponsable y venal al gobierno de la mayor de todas.

Personajillos similares han asumido el gobierno en varios otros Estados de tamaño medio — entre ellos, Reino Unido, tradicional baluarte del antifascismo— y en algunos países pequeños ubicados en el corazón de Europa. Movimientos similares están presentes en todos los países de ese continente y amenazan continuar el desmembramiento de la propia Unión Europea. Ciertamente, todo ello configura una situación en extremo peligrosa (Wolf, 2020a). En el resto del mundo pasa algo parecido.

Por este motivo, la unidad antifascista y el aplastamiento sin contemplaciones de este fenómeno nocivo y criminal debe constituir el imperativo primero de todas

las fuerzas políticas racionales y democráticas del mundo. Así se logró derrotarlo en el siglo XX.

Se aprecian algunas primeras brisas de una reacción antifascista poderosa en Europa, especialmente, y de manera muy significativa en Alemania. Ángela Merkel ya se había alzado con ocasión de la crisis de emigrados sirios como la más enérgica antirracista entre los gobernantes europeos, valiente decisión que le costó perder parte de su popularidad.

Durante esta crisis, Merkel ha recuperado su liderazgo apoyando políticas anticrisis como el denominado *kurzarbeit* o trabajo reducido, mediante el cual el Estado asume el pago de remuneraciones mientras dura la crisis, una política que hoy beneficia a decenas de miles de empresas y 40 millones de trabajadores en los principales países de la Unión Europea. Recientemente, su gobierno ha aprobado un significativo plan de estímulo, lo que ha sido aplaudido por analistas usualmente críticos de la posición fiscal conservadora de Alemania (Sandbu, 2020).

Recientemente, Alemania ha dado pasos significativos junto a Francia, orientados a responder con energía a la crisis económica y de paso profundizar la integración europea. Martin Wolf, editor del Financial Times y una voz global respetada que alerta constantemente contra los peligros acá señalados, estima que estos pasos muestran la determinación de los dos principales socios de la Unión Europea de hacer todo lo que sea necesario para mantenerla y proyectarla (Wolf, 2020c). Ojalá no resulte demasiado optimista. Ojalá Merkel sea imitada en el resto del mundo.

Tal es el cuadro de tensiones internacionales que han sido coronadas por el virus. La peligrosidad del momento, dadas las dimensiones de las mismas y su carácter global, no tiene precedentes. Para sobrevivir, tendrá que surgir una reacción racional y popular masiva de la misma naturaleza y dimensiones. Ello no está ocurriendo todavía (Wolf, 2020a), pero sucederá. Así lo señalan, bueno, los precedentes.

NUEVA REVOLUCIÓN CHILENA

Marx decía que la historia la hacen los seres humanos. Colectivamente, ideando lo que quieren realizar y luego actuando, luchando para vencer todas las resistencias hasta lograrlo. Pero no se proponen lo que se les viene en gana. Solo aquellas tareas que la evolución de su forma de vida y trabajo les permiten y exigen realizar en una época dada y en un momento dado. Es de este modo, concluye el genial alemán, que la historia se abre paso, como la historia de la lucha de clases, a formular su mayor aporte a la cultura universal.

La época de transición a la modernidad ha nacido y avanzado en una suerte de danza, un paso a dos entre sus actores principales, el pueblo trabajador y las élites. El

primero ha venido empujando desde abajo en las sucesivas irrupciones masivas en que asienta su poder en el espacio político, forzando a los de arriba a realizar desde el Estado — que ha nacido en su forma moderna precisamente como fruto de este juego y para cumplir estas tareas— las reformas necesarias para remover las trabas que en cada momento trancan el continuo desarrollo de esta gran transformación epocal.

La caprichosa y aún no bien explicada trayectoria del curso de la urbanización alrededor del globo a lo largo de los tres últimos siglos se puede marcar siguiendo el curso de las revoluciones modernas. Desde la inglesa de 1648 y la francesa de 1879, la Primavera de los Pueblos de Europa de 1848, la Revolución de Octubre de 1917, la Independencia de India y la Revolución China en 1947-48, hasta la Revolución Iraní de 1979, por mencionar las principales y más masivas.

Esta enumeración no deja de lado otras que sucedieron con rasgos peculiares o en países más pequeños, pero que no por ello fueron menos significativas, como la temprana Revolución Mexicana de 1912, la de los Jóvenes Turcos de Atatürk de 1924, la República y Guerra Civil españolas de 1936, el Movimiento de los Oficiales Libres de Nasser en 1952, la Revolución Cubana de 1959 y la Revolución de los Claveles que en 1976, y al cabo de tres siglos, culminó el periplo del paso de la ola de urbanización por Europa, luego de dar la vuelta al mundo, en Lisboa, a tiro de piedra de Londres, donde todo se inició tres siglos antes. Estas son solo algunas.

Lo que está sucediendo en Chile es una prueba más de ello. Luego de tres décadas de paciente aguante, el pueblo chileno nuevamente irrumpió masivamente en el centro de la escena política el 18 de octubre del año 2019. Es la tercera revolución protagonizada por este pueblo que ha tenido el privilegio de vivir el veterano autor de estas líneas. Las anteriores se extendieron a lo largo de siete años cada una y no amainaron hasta lograr sus objetivos centrales. Esta recién cumple sus primeros siete meses.

La Revolución con mayúscula que estremeció a Chile desde mediados de los años 1960 y hasta 1973 merece ocupar su trono, aún no reconocido por sus hijos. Es la madre del Chile moderno. Le corresponde además el bien significativo honor de ser tal vez la primera de la historia universal que se realizó por medios singularmente pacíficos y democráticos, con pleno respeto a la Constitución y las leyes.

Quizás por ello se ha ganado un lugar tan entrañable en el corazón de los pueblos de todo el mundo, personificada en la figura de su conductor mártir, el presidente Salvador Allende. Si hay algo impresionante del 18-O es la manera en que removió este sentimiento de cariño y respeto universal hacia nuestro pueblo. Empresarios, políticos e intelectuales de los años de transición intentaron arrogantemente presentarse a sí mismos como modelos internacionales de éxito. La verdad es que ellos pasarán a la historia como un pie de página no muy digno que

digamos, mientras la figura de Allende y el pueblo chileno insurrecto crecerán cada día más.

La Revolución Chilena se distinguió de los numerosos alzamientos y estallidos populares que, desde 1924, a cada década venían empujando desde abajo al sistema político a realizar las sucesivas reformas en cada momento necesarias, así como las dos revoluciones que vendrían después.

Por única vez y tal como ha sucedido en todas las grandes revoluciones modernas, el campesinado chileno despertó entonces de su siesta secular y se unió masivamente a los nacientes obreros, artesanos, funcionarios e intelectuales urbanos para acabar de una buena vez y para siempre con el viejo régimen agrario señorial.

Pero el curso de las revoluciones no sigue una línea recta ni mucho menos. Se abre paso a través de una sucesión de avances y retrocesos, entre los cuales no es inusual que ocurran restauraciones de remedos y surjan muertos vivientes del antiguo régimen. Así sucedió nada menos que en Francia, donde el largo periplo revolucionario de 1789 a 1815 culminó en la restauración borbónica, con todo y un rey, impuesta en Waterloo por intervención extranjera.

A su vez, la restauración acabó con el nuevo periodo de revoluciones iniciado en 1830, el que relata Víctor Hugo en *Los miserables*, y se extendió hasta 1848, cuando a pocos días de publicarse la primera edición de *El manifiesto comunista*, en una semana la Primavera de los Pueblos de Europa volteó a todos los gobiernos del continente.

Recién en 1830 Francia por fin reconoció a la Revolución Francesa como la madre de la moderna república e inauguró el gobierno directo de la burguesía. Es decir, la Revolución Francesa en realidad fue una era de revoluciones, como la llama Eric Hobsbawm, que se extendió a lo largo de medio siglo. Y más, porque la Comuna de París acabó con el reinado de Napoleón III recién en 1871.

En el caso de Chile, la contrarrevolución de 1973 restauró a sangre y fuego y también con apoyo extranjero a la vieja oligarquía agraria. Más bien a sus decadentes vástagos, que un periodista de talento bautizó como los “hijos de Pinochet” (Osorio, 1995).

La restauración oligárquica reaccionaria se extendió a lo largo de la dictadura, la que solo acabó con una nueva irrupción revolucionaria del pueblo a lo largo de los años 1980, la más difícil y heroica, primera en este país que tuvo que abrirse paso con las armas en la mano, aunque culminó en las urnas con un lápiz entre los dedos.

Pero la restauración oligárquica se sostuvo en democracia a lo largo de treinta años. No se tocó un pelo a los “hijos de Pinochet” y ni siquiera al dictador mismo, que murió en su cama, aunque transformado en un cadáver político y una ruina moral, como lo calificó su más tenaz perseguidora (Hertz, 2017).

El Coronavirus ha puesto al desnudo y derrumbado una a una las políticas extremistas del revanchismo reaccionario de la restauración, sus gigantescos

abusos y distorsiones que no se avienen con la modernidad auténtica, en lo esencial continuadas por los gobiernos democráticos, suavizadas en algunos casos, profundizadas en otros.

En primer lugar, está el criminal desmembramiento, parcial desmantelamiento y privatización de los servicios nacionales públicos y gratuitos de salud y educación, y la previsión, pilares fundamentales de la modernización de la sociedad chilena y de la conformación de su moderna fuerza de trabajo, base de su riqueza.

A ellos se agrega la privatización de los servicios sanitarios, energía, comunicaciones, transporte público — que terminó provocando el estallido— y otros. La mayor distorsión ha sido la privatización a título gratuito de los recursos naturales y los servicios financieros. Ello estableció la hegemonía de rentistas y capital financiero sobre la élite, que impulsó políticas de desprotección a la producción nacional de valor agregado.

Todo lo anterior ha debilitado la capacidad del Estado. Se ha mermado su estructura y funcionariado civil; se le han recortado atribuciones esenciales, incluido el manejo monetario y control de flujos de capitales; se ha debilitado su financiamiento por la inexistencia de un auténtico *royalty* a los recursos naturales; se le ha obligado a una débil estructura impositiva y al desvío a perpetuidad a los mercados financieros de las cotizaciones previsionales que equivalen a un quinto de la recaudación total (Cenda, 2020c), entre otras cosas.

Todo ello debe ser corregido hoy, incluso a matacaballo, debido a que algunos de estos aspectos resultan esenciales o sencillamente se han derrumbado con la crisis.

El carácter de la revolución iniciada el 18-O parece similar al de las referidas revoluciones de 1830-48 en Francia. En palabras que este autor escuchó a otro talentoso periodista, está acabando con lo que se inició el 11 de septiembre de 1973. Ni más ni menos.

CRISIS POLÍTICA EN PLENITUD

El Coronavirus le ha impuesto a la revolución en marcha en Chile un sello particular, sin precedentes. Nadie puede saber la forma en que se desenvolverá en este nuevo cuadro. Lo que sí se puede afirmar con certeza es que se agudizará, tal como sucede con la crisis económica nacional y global en curso y también con el conflicto internacional definitorio del siglo, ambos determinados por la culminación de la época histórica que vive la humanidad.

La revolución del 18-O ha precipitado en plenitud (Beyer, 2020) la crisis política que se venía gestando por años en el país. Se han conformado las condiciones objetivas clásicas de una crisis política nacional hecha y derecha. Los de arriba no

pueden seguir gobernando como hasta ahora, los de abajo no lo toleran más, están convencidos de la justeza del programa de cambios y están dispuestos a salir a la calle a imponerlo. Así lo han reconocido los analistas más influyentes de la derecha y los políticos de la Concertación que siempre la ignoraron (Escalona, 2019) en una torpe, tozuda y arrogante manifestación de lo que la ciencia política clásica denominaba “cretinismo político” (Lenin, 1920).

La condición subjetiva requerida para un cambio radical, es decir, la organización del pueblo y las instituciones políticas en general (Lenin, 1920), aún no se ha conformado plenamente ni mucho menos, pero hay avances importantes. El pueblo avanzó en su organización social a pasos agigantados y en pocos días había conformado organizaciones nuevas, sacudido y agrupado las existentes a lo largo de todo el territorio y en todos los barrios. Sus partidos aún no se sacuden las influencias conciliadoras que quizás se justificaban en la transición, pero que les impiden asumir la conducción en tiempos de revolución, donde hay que plantear las cosas con la radicalidad necesaria. Digamos que el sistema político viene asumiendo la nueva situación a regañadientes, reculando, pero de algún modo lo viene haciendo.

De este modo, el sistema político en su conjunto abrió un cauce para que la crisis política curse institucionalmente, con el acuerdo del 15 de noviembre, la reforma constitucional respectiva aprobada en el Parlamento el 18 de diciembre y promulgada por Sebastián Piñera el 23 del mismo mes del año 2019. Sin perjuicio de intentos de amarre que crearán problemas más adelante, lo aprobado constituye una muestra de flexibilidad y realismo del sistema político chileno que se aviene con su historia del pasado siglo. El papelón de los “hijos de Pinochet” agrupados en el “frente del rechazo” al plebiscito, luego descartado por ellos mismos ante la evidencia de su torpeza, así lo confirma.

Sin embargo, la emergencia sanitaria y la crisis económica desatadas por el Coronavirus han impuesto un sentido de urgencia diferente a la solución de la crisis política. Sencillamente, el país no resiste esperar dos años sin una autoridad legítima. Ello ha quedado de manifiesto con la desastrosa conducción del gobierno en la crisis sanitaria, una sucesión de equivocaciones reconocidas por ellos mismos que es responsable de muchas vidas perdidas innecesariamente.

Al momento de escribirse estas líneas se han puesto en marcha diversos intentos de resolver la crisis política para enfrentar estos desafíos sin precedentes. El autor de este texto tiene plena confianza en que, con el pueblo bien despierto empujando desde abajo, los de arriba serán capaces de abrir un cauce institucional suficientemente ancho para que la solución de la crisis curse por vías democráticas y pacíficas.

Hay precedentes.

REFERENCIAS

- Authers, John. Don't Blame Me for Unprecedented Use of This Word. Bloomberg. 7 de mayo de 2020. <<https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2020-05-07/coronavirus-unprecedented-overuse-fuels-false-market-hopes>> [consulta: 1 de junio de 2020].
- Authers, John. A Shift in the Global Financial Order Is Upon Us. Bloomberg. 7 de mayo de 2020. <<https://www.bloomberg.com/opinion/articles/2020-05-07/coronavirus-unprecedented-overuse-fuels-false-market-hopes>> [consulta: 1 de junio de 2020].
- Beyer, Harald (2020). ¿Que se vayan todos? El Mercurio, 17 de enero de 2020 <<https://drive.google.com/file/d/18PPQLCy-OuHQsBEZXvYZ7Ft5J-93FHW7/view?usp=sharing>> [consulta: 1 de junio de 2020].
- Robert Brenner (1999), *Turbulencia en la Economía Mundial*, EXXI 14, Santiago.
- Cenda (2020a). Bolsas mundiales. Serie actualizada diariamente. <<https://sites.google.com/cendachile.cl/cenda/series-cenda/indices-bursatiles-cenda/bolsas-mundiales>> [consulta: 1 de junio de 2020].
- Cenda (2020b). Índices Mensuales de Actividad Económica Interna, IMACEI. Serie actualizada diariamente. <<https://www.cendachile.cl/series-cenda/%C3%ADndices-mensuales-de-actividad-econ%C3%B3mica-interna>> [consulta: 1 de junio de 2020].
- Escalona, Camilo (2020). Ante la crisis, un Estado integrador. *Cooperativa*, 10 de noviembre de 2019. <<https://drive.google.com/file/d/1z4T0nEHHFoGMhdqSvy9JFwtwdjKi4MLA/view?usp=sharing>> [consulta: 1 de junio de 2020].
- Financial Times (FT). Are we heading into another Depression? 3 de junio, 2020. <https://drive.google.com/file/d/19xo7ShwXPdKCbknKk_NDyy3tRrvNPh0b/view?usp=sharing> [consulta: 3 de junio de 2020].
- Graham, Allison (2017). *Destined for War: Can America and China Escape Thucydides's Trap?* Houghton Mifflin Harcourt. <<https://www.belfercenter.org/thucydides-trap/overview-thucydides-trap>> [consulta: 1 de junio de 2020].
- Hertz, Carmen (2017). *La historia fue otra. Memorias*. Penguin Random House. Chile.
- Hobsbawm, Eric (2005). Los límites del poder americano. Eric Hobsbawm en Chile. *Revista Encuentro XXI - LOM*, Santiago.

- Johnson, Ian. China's Great Uprooting: Moving 250 Million Into Cities. *The New York Times*. 15 de abril de 2013. <<https://www.nytimes.com/2013/06/16/world/asia/chinas-great-uprooting-moving-250-million-into-cities.html>> [consulta: 1 de junio de 2020]. Citado en Riesco, Manuel 2015. *Carlos Marx, ciudadano ilustre de nuestra época*. Clase Magistral FEN, Universidad de Chile.
- Kazmin, Amy. Staying at home is a luxury many Indian workers cannot afford [en línea]. *Financial Times*. 30 de marzo de 2020. <<https://www.ft.com/content/1481e276-6f4c-11ea-89df-41bea055720b>> [consulta: 1 de junio de 2020].
- Kondratiev, Nikolai (1924). Acerca de la noción de estática, dinámica y fluctuaciones económicas. También publicado en inglés en la *Quarterly Journal Economics*, 1925.
- Vladimir Ilich, Lenin (1920). *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*. Progreso, Moscú.
- Mackenzie, Michael. Absorbing a record tide of Treasury debt. *Financial Times*, 12 de mayo de 2020. <https://drive.google.com/file/d/1Cn3ImM-aA_L4P1gRuy56xPNNyN_Gm8OS/view?usp=sharing> [consulta: 1 de junio de 2020].
- Riesco, Manuel (ed) (2007). *Latin America. A New Developmental Welfare State in the Making?* Palgrave-Macmillan.
- Riesco, Manuel (2012). *Parto de un siglo. Una mirada al mundo desde la izquierda de América Latina*. Cenda-Editorial Usach. Santiago.
- Riesco, Manuel (2014). *Nueva previsión. Para restablecer el derecho a pensiones dignas en Chile*. Cenda-Editorial Usach. Santiago.
- Riesco, Manuel (2020). *Submersión*. *El Mostrador*. 19 de febrero de 2020. <<https://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/columnas/2020/02/19/submersion/>> [consulta: 1 de junio de 2020].
- Osorio, Víctor y Cabezas, Iván (1995). *Los hijos de Pinochet*. Planeta. Santiago.
- Sandbu, Martin (2020). Germany's 'ka-boom' stimulus marks a surprising change. *Financial Times*. 9 de junio de 2020 <<https://drive.google.com/file/d/1FvECLli8bi8Ya7UqR56qEv1zqOg7bp-1/view?usp=sharing>> [consulta: 10 de junio de 2020].
- Shiller, Robert J. (2000). *Irrational Exuberance*. Princeton University Press.

- Smith, Noah. Paul Krugman Is Pretty Upbeat About the Economy. Bloomberg. 27 de mayo de 2020. <<https://drive.google.com/file/d/1q-fEBNNIRyZG1KXd8vRXr0TatnWYpmUC/view?usp=sharing>> [consulta: 1 de junio de 2020].
- Wells, Spencer (2002). *The Journey of Man*. Princeton University Press.
- Wolf, Martin (2020a). China-US rivalry and threats to globalization recall ominous past. Financial Times. May 26, 2020. <<https://drive.google.com/file/d/1L4stIEkAVIvQa-hxs3NMRI3ssMsiJIMh/view?usp=sharing>> [consulta: 1 de junio de 2020].
- Wolf, Martin (2020b). Covid-19 will hit developing countries hard. Financial Times. June 10, 2020. <<https://drive.google.com/file/d/1L4stIEkAVIvQa-hxs3NMRI3ssMsiJIMh/view?usp=sharing>> [consulta: 10 de junio de 2020].
- Wolf, Martin (2020c). The EU rises to meet the Covid-19 crisis. Financial Times. 2 de junio de 2020<<https://drive.google.com/file/d/1A4XhOmeK8yyFKKLfsvTaHNcvxgeYJ9to/view?usp=sharing>> [consulta: 10 de junio de 2020].